



**desdelosimple**

Para contemplar la vida

III Domingo de Pascua

Hechos 3,13-15. 17-19; Salmo 4; 1 Juan 2,1-5a; Lucas 24,35-48

Abril 14 del 2024

# Testigos de la victoria de Cristo

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

Continuamos en nuestro camino pascual, preparándonos para la solemnidad de Pentecostés, y así en este día les invito a acercarnos a los textos bíblicos que nos ofrece la liturgia de este tercer domingo reconociendo en ellos el testimonio que estamos llamados a dar como miembros de la Iglesia, miembros del Cuerpo místico de Cristo, a quien proclamamos victorioso sobre el mal y sobre la muerte, el Autor de la vida, que se inmoló como víctima de expiación por nuestros pecados, Él "no cesa de ofrecerse por nosotros, de interceder por todos; inmolado, ya no vuelve a morir; sacrificado, vive para siempre" (Prefacio pascual, III).

El relato de la primera lectura sigue los milagros obrados por Jesús acompañando la predicación de los apóstoles. Cuando Pedro y Juan se dirigían al templo para orar, se encontraron allí con un tullido de nacimiento, quien recibe curación, motivo por el cual el pueblo expresaba su alegría y agradecimiento a Dios. Por ello ante la expectación de quienes han presenciado esta obra de la misericordia divina, Pedro improvisa un discurso en el que dice: "¿Por qué se admiran de esto, o por qué nos miran fijamente como si por nuestro poder o piedad hubiéramos hecho andar a éste?... por la fe en el nombre de Cristo, es el mimo quien lo ha restablecido" (Hch 3, 12.16).

La obra de Jesús sigue atestiguando que Él es el Mesías. Ésta es la intencionalidad con la cual Pedro en su discurso reafirma: "El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús" (Hch 3,13) con ello quiere mostrar a los judíos que Jesús al pasar por la muerte cruenta, ha completado la obra de salvación anunciada por los profetas, Él es el siervo sufriente. Así quiere recordar que el Mesías esperado no gobierna con la fuerza con que vemos dominar a los reyes de este mundo, sino que libera realmente a su pueblo porque obtiene el perdón de sus pecados, trae la salvación. Es el Hijo de Dios, que al manifestarse resucitado, muestra a todos la victoria sobre todas las fuerzas del mal.

Podemos entonces percibir la importancia de este texto para la primera comunidad cristiana, en cuanto le permite leer los cánticos del siervo doliente meditando en lo ocurrido con Jesús de Nazaret, a quien después de su Resurrección le reconocerán como el Cristo, quien sentado a la derecha del Padre intercede por nosotros como lo hizo en el ara de la Cruz. Así en medio del gozo que nos trae la Pascua, no perdemos de vista el anuncio de su victoria y el constante llamado a la conversión, dice Pedro: "arrepíentanse y conviértanse, para que se les perdonen sus pecados" (Hch 3,19)

Este anuncio de salvación convoca a todo creyente para que este despierto en el combate espiritual. La primera carta de san Juan, recuerda a cada uno de sus interlocutores la



actitud en la que debe permanecer para hacerse participe de la victoria de Cristo. Reconociendo nuestra condición de pecadores, proclamamos que en Cristo hemos sido perdonados y que para permanecer en el beneficio de su amor por nosotros, debemos caminar como hijos de la Luz, es decir guardando los mandamientos, pero cuando los transgredimos, en su infinito amor el Señor nos recibe de nuevo: “si alguien peca, tenemos como intercesor ante el Padre, a Jesucristo, el justo. Porque él se ofreció como víctima de expiación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino por los del mundo entero” (1 Jn 2, 1-2).

Las celebraciones de estos cincuenta días de Pascua, nos ayudan a percibir desde la fe, como el corazón y la mente de los discípulos se fue formando y fortaleciendo con las diferentes experiencias que tuvieron con el Resucitado, es así como no podían contener el mensaje que recibían y lo multiplicaban por todas partes, haciéndose verdaderos discípulos misioneros, Testigos de la Resurrección y por lo tanto portadores del Evangelio. Esta es la tarea misionera de la Iglesia y por ende de todos y cada uno de los bautizados.

Como sacramento, la Iglesia es instrumento de Cristo<sup>1</sup>. Ella es asumida por Cristo como instrumento de redención universal, sacramento universal de salvación, por medio del cual Cristo manifiesta y realiza al mismo tiempo el misterio del amor de Dios al hombre. Ella es el proyecto visible del amor de Dios hacia la humanidad que quiere que todo el género humano forme un único Pueblo de Dios, se una en un único Cuerpo de Cristo, se coedifique en un único templo del Espíritu Santo. (CEC n.776)

El impulso misionero de la primera comunidad cristiana, se ve alentada especialmente por la oración común y de manera privilegiada cada vez que se reúnen para la celebrar la alianza eterna en la fracción del Pan. En el relato de los discípulos de Emaús, los dos discípulos que se hallaban en tristeza y confusión por lo ocurrido en Jerusalén, después del encuentro con Jesús, llenos de gozo vuelven a la comunidad: “Cuando los dos discípulos regresaron de Emaús y llegaron al sitio donde estaban reunidos los apóstoles, les contaron lo que les había pasado en el camino y cómo habían reconocido a Jesús al partir el pan” (Lc 24, 35) Estando reunidos y haciendo memoria de lo ocurrido, Jesús resucitado se hace presente en medio de ellos y comparte el alimento a la vez que les recuerda su tarea misionera: “predicar a todas las naciones, comenzando por Jerusalén, la necesidad de volverse a Dios para el perdón de los pecados. Ustedes son testigos de esto” (Lc 24, 47-48).

Agradecidos por el gozo pascual que nos invita a vivir y proclamar la victoria de Cristo, fortalezcamos nuestro itinerario, reflexionando sobre el don de Piedad, a partir de la enseñanza del Papa Francisco: “El don de piedad nos hace crecer en la relación y en la comunión con Dios y nos lleva a vivir como hijos suyos, al mismo tiempo nos ayuda a volcar este amor también en los demás y a reconocerlos como hermanos”. (06-04-2014)

---

<sup>1</sup> La obra salvífica de Cristo, de su humanidad santa y santificante es el sacramento de la salvación que se manifiesta y actúa en los sacramentos de la Iglesia. Los siete sacramentos son los signos y los instrumentos mediante los cuales el Espíritu Santo distribuye la gracia de Cristo, que es la Cabeza, en la Iglesia que es su Cuerpo. La Iglesia contiene, por tanto, y comunica la gracia invisible que ella significa. (CEC 774).